RAÚL HERAS

Sin Sara y sin Bogart

LA última vez que estuve sentado junto a Sara Montiel con motivo de un estreno de teatro, la incombustible manchega llevaba un puro entre los dedos y el humo que salía de sus labios ayudaba a que el grueso maquillaje de su rostro quedase envuelto en una neblina en la que la estrella robaba el protagonismo a la persona y te hacía verla encorsetada en traje de época y cantando aquello de "fumando espero...". Ninguna de aquellas Saras sería hoy posible. De la misma forma que hoy tendríamos prohibido vivir las cien vidas que nos ofrecía Bogart con un pitillo tras otro en los labios mientras dejaba que una rubia le amargara la vida antes de morir o ser detenida por la policía. La reciente ley nos ha dejado sin ellos. El cigarrillo es parte del cine, un intérprete secundario pero imprescindible al que ahora se despide sin derecho a jubilación.

> **"Debo asumir que me he pasado más de media vida tragando el humo de los demás y de forma considerable"**

No fumo, y lo más que he llegado a encender en mi vida han sido algunos puros en las consabidas bodas, que se apagaban entre mis dedos o sobre el cenicero, y aquellos primeros pitillos de la adolescencia de los que nunca llegué a tragarme el humo.

Hecha esta declaración de principio, debo asumir que me he pasado más de media vida tragando el humo de los demás y de forma considerable, tanto en las redacciones de los periódicos y revistas en los que he trabajado como en los clubes, discotecas, cafeterías, restaurantes y demás espacios públicos en los que la nube tóxica nos envolvía como una segunda piel logrando que todo, desde el pelo a la ropa, oliese a rayos y que nuestros pulmones se fueran asfaltando como si de unas autopistas alveolares se tratara.

Me alegro de que ahora, al entrar en cualquier local, el aire esté limpio, yo pueda respirar con tranquilidad y que mi nieta Lucía no tenga que aspirar ese humo que primero le amenazaría su salud para más tarde tenderle la trampa de la adicción que ya le estaban "inyectando" las chimeneas humanas. Y me alegro aún más por los millones de personas que poco a poco o de golpe van a dejar el tabaco, van a mejorar su nivel de vida, van a esquivar a la muerte presurosa y, de paso, nos van a ahorrar a todos muchos millones en tratamientos sanitarios, bajas laborales e incluso conflictos caseros.

Hasta aquí mi apoyo al Gobierno por la medida tomada y mi crítica hacia aquéllos que sólo miran el hoy y no el mañana sin entender que los mercados se reajustan ante las nuevas condiciones de competencia, que los cambios que se están viviendo en España ya se han producido en otros países, y de forma aún más agresiva hacia los fumadores, y que nadie o muy pocos van a dejar de tomarse un café, una cerveza o van a cambiar radicalmente sus usos de ocio por un pitillo.

Viene la otra parte, la del deseo de los políticos de hoy por reglamentarnos toda nuestra vida, por decirnos todo lo que podemos o no podemos hacer. Y ahí, en ese aspecto de la libertad de la que tanto se habla, de la libertad que tanto se defiende en las declaraciones públicas, volvemos a pinchar en hueso en España.

Es verdad que la libertad de cada uno termina donde empieza la libertad del otro y que la civilización se asienta en el respeto y acatamiento de todos a las normas que se asumen entre aquellos que formamos parte de una sociedad a través del ordenamiento jurídico de ésta. Y en ese principio formalmente sagrado y buscado en nuestra sociedad está la base de la crítica que se puede hacer a las nuevas leyes contra el tabaco: se persigue al consumidor, se le ataca en su propia libertad mientras se consiente al productor que distribuya el producto, que lo adultere hasta el límite, que a la hoja de tabaco original le añada decenas de sustancias que la hacen más dañina y adictiva, y todo ello por los sustanciosos beneficios que le produce al Estado a través de los impuestos.

Existe toda una industria o conjunto de industrias, comercios y negocios que se basan en el tabaco, desde la plantación al pequeño paquete o la caja de puros; y que existe desde hace decenios, como siempre han existido sustancias dopantes y excitantes para que nosotros, los humanos, nos alejemos de los muchos peligros que nos pesan como losas. Cualquier medida que se tome en un tema influye en otros muchos de la misma forma que la piedra arrojada en un lago produce círculos concéntricos que se alejan del punto de impacto. De ahí la dificultad de legislar y aún más de hacerlo sin dejarse llevar por la pasión, la ideología del momento o los intereses de las partes implicadas. Lo del tabaco es tan circunstancial y político como lo que pasa con otras drogas, y entre ellas con el alcohol, pero eso, ahora y en estas líneas, es otra película.

Raúl Heras es periodista.